

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

(29)



VALENCIA II

Año II

30 céntimos

Núm. 7

SÁNCHEZ CARRÈRE

Handwritten scribbles and a signature.

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Calabria, 96 Barcelona Teléfono 173-H

Año II



Núm. 7

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



Victoriano Roger (VALENCIA II)

**“El “chato” que
no se apura”**



Relación documentada
por

Adolfo SÁNCHEZ CARRÉRE

*Con este número se regala una postal
de Victoriano Roger (Valencia II)*

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Registrada. Queda hecho el
depósito que marca la ley.

Victoriano Roger (Valencia II)

“El “chato” que no se apura”

Lugar de la acción

Son las tres y media de la tarde.

Nos hallamos en la calle de Alcalá, sentados a la puerta de un café exótico y de ambiente cosmopolita, donde por frecuentarlo la llamada gente «bien», sin pudor alguno, cobran tres reales por una taza de obscuro líquido, que, aunque de «Moka» presume, más bien «moquillo» parece.

Claro que este café, ya de por sí bastante claro, lo hace tolerable a nuestros ojos, no a nuestro paladar, el siempre grato espectáculo de las sacerdotisas del amor con tarifa y rostro pintarrajeado, las cuales, bellas y olorosas, se nos aparecen tocadas de un modo exageradísimo y con arreglo a una moda, también exageradísima, en extremo masculinizante, denominada a lo «garçonne».

Y a fe que está justificado el nombrecito.

pues con el pelo cortado de tal traza, mucho más que «hijas» de Eva, «sobrinos» de Adán parecen.

Con el «muratis» en los labios y adoptando en el asiento posturas que contribuyen a la libre exhibición de sus encantos naturales (con las vestiduras modernas, tan vaporosas e insuficientes, desapareció, por fortuna, el uso del relleno de algodón), se muestran a todas horas en espera del elegido por la casualidad, para officiar placentemente ante los altares de Venus.

De pronto azota nuestro oído el descorchamiento detonante de una botella de «champagne».

Las miradas femeninas buscan entonces, con calculado interés, la figura del Creso promotor de ruido tan grato.

Este, en el caso que nos ocupa, débese a la esplendidez rumbosa de un torero.

—¿Quién ha sido?—indaga una.

—¿No lo ves? El «Chato»—le contesta otra, jovencita y morena, que, poniéndose a tono con la honestidad y compostura propias del sitio, se entretiene en rascarse por encima de la liga.

El «Chato» que no es otro que Victoriano Roger, «Valencia II», conocido en todos lados, más que por el apodo, por la cantidad de valor que en la plaza derrocha, el cual le hace no apurarse jamás (de aquí que le llamemos («el «chato» que no se apura»), grita al divisarnos:

—¡Eh!... ¡Casa!... Conviden a aquel señor.

Agradecemos la obsequiosa delicadeza, y ya juntos, se abren, con los cascós de la «Viuda

de Cliquot», las fuentes de una íntima locuacidad.

—Me alegro de encontrarle, Victoriano. Tenía precisión de hacerle unas cuantas preguntas.



«Valencia II» en un lance de su peculiar estilo

—Pues ya las está usted haciendo, que aquí estoy yo pa contestarle volando.

—No exijo que sea aviador, aunque sí le ruego que sea «franco».

—Seré tóo lo que usted quiera.

—Gracias, hombre.

—Sin gracias ni chufas de esas. Usted ya sabe que manda siempre y que se le obedece con gusto.

Repetimos la consabida fórmula de urbanidad y comienza el diálogo de nuestra obra.

Las primeras escenas

O los primeros pasos, dijéramos mejor, puesto que se trata de averiguar el origen de las andanzas aventureras que sirvieron más tarde de cimiento a la fama de un notable lidiador.

—¿Usted, Victoriano, nació...?

—¿Yo? En Madrí. ¿Dónde quería usted que naciera?—nos informa «Valencia II», muy orgullosamente. Y agrega:

—Para más detalles, ponga usted que en la calle de Gerona.

—¿Hace mucho tiempo?

—Veintiseis años.

—¿Cuál fué su primer oficio?

—Pues verá usted. Primeramente trabajé «a» albañil, como mi hermano, y «a» carpintero. Mi padre no quería de ninguna manera que nos dedicásemos a los toros.

—¿Por qué?

—Porque él había sido torero y conocía de sobra los peligros y fatigas que se pasan.

—Costumbre paternal muy española esa de impedir a todo trance que los hijos sigan las huellas de sus progenitores, cultivando, como

es lógico, la misma profesión, circunstancia que, en la mayoría de los casos, serviría para contribuir, eficaz y rápidamente, por la maestría y crédito ya logrados, a afirmar su situación económica en lo porvenir.

—Verdá, sí, señor, aunque eso no rezaba en el caso de mi padre, porque, en la torería, el crédito y la parroquia no se heredan, sino que se los tiene que ganar uno a pulso y a fuerza de exposición.

—¿Trabajó usted durante mucho tiempo en los oficios citados?

—No, señor. Muy poco.

—¿Quiénes fueron sus maestros?

—En albañilería, don Esteban Alegre, y en carpintería, el maestro Navarrete.

—¿Y los dejó usted...?

—Porque me «mosqueé» en seguida. Aquello no daba de sí más que para pasar apuros, y los apuros, la verdá, no me hacían feliz.

—Si todos profesaran esas ideas, seguramente no existiría la actual crisis de trabajo en el numeroso ramo de construcción.

—Desde luego no habría tantos albañiles paraos, pero habría, en cambio, muchos más espadas matando... el tiempo en la calle de Sevilla. ¡Usté no sabe lo que yo compadezco a los pobres obreros del andamio y la cal! ¡Cuánto frío y cuánto calor pasan! ¡Y qué mal recompensaos estaban cuando yo pertenecía al oficio!

—¿Ganaban poco, eh?

—Once reales fuertes.

—¡Sí que era un jornal para vivir hospedado en el «Palace-Hotel»!

—¡Usté calcule! Y eso los días que se trabajaba; que los domingos y fiestas de guardar, resultaban pa nosotros fiestas de guardar... el cocido pa otro día. Por esta causa dejé la llana por el capote y me dediqué de lleno a los toros, contra la voluntá de mi padre, que seguía emperrao en no dejarnos pisar los ruedos.

—¿De modo que su afición taurina despertó a los influjos de la necesidad?

—Como ocurre siempre, señor. El toreo es el oficio de los pobres.

—¿En qué circo hizo usted su aparición?

—Debuté en Tetuán, el año mil novecientos diez y ocho, toreando tres novilladas seguidas en aquella plaza.

—¿Y en la de Madrid...?

—En esa me presenté poco después, con el malogrado Ernesto Pastor y con «Carnicerito», lidiándose toros de Albarrán.

—¿Y estuvo...?

—Según dicen los que me vieron, monumental.

—¿Cuántas corridas toreó usted de novillos?

—Catorce en la primera temporada.

Las vueltas que da un «peón»

—¿Durante su aprendizaje taurino asistió usted a muchas capeas?

—No, señor. Asistí a pocas, por motivo de

que sólo estuve tres meses toreando por esos pueblos de Dios.

—¿Contaba usted entonces...?

—Quince años.

—¿Y qué hizo usted después de esos tres meses?

—Volver al oficio, con gran alegría de mi padre que, como ya le he dicho, soñaba con que mi hermano Pepe y yo fuésemos obreros.

—¿A qué era debida esa obstinación en contrariar sus aficiones?

—Pues a una circunstancia muy desdichada y muy lógica. ¿Usted no sabe que a mi padre lo dejó inútil un toro?

—Comprendo entonces sus temores, harto justificados. Decía usted...

—Que volví a andar haciendo equilibrios por los andamios, como peón de albañil.

—Lo cual indica que había usted revocado su decisión.

—Revoqué mi decisión y la mar de fachadas.

—¿No le seducía el porvenir de las capeas?

—¡Ni mucho menos! En las capeas, con los «grullos», no se hace uno torero, ni se ganan más que disgustos y cornás.

—¿Le dieron a usted alguna?

—Por entonces, no. Tuve mucha suerte y no me pasó na, gracias a Dios.

—Y ya otra vez en el oficio, ¿fué largo su alejamiento de los toros?

—¿Largo? ¡Ni cinco centímetros! ¿Usted cree que yo podía vivir sin torear?

—¿Qué hacía usted entonces?

—Compaginar una cosa con la otra.

—Es decir, que albañileaba...

—Y taurineaba, sí, señor. Tan pronto me veía usted con el capote de brega, como con la espuerta de yeso... Y eso era lo que me fastidiaba más, porque yo, que sólo soñaba con llegar muy alto, cuando andaba por los tejaos, pensaba en los bichos que al día siguiente me esperaban, y la impaciencia y los nervios me ponían de un modo que no hacía na a derechas.

—¿Resultaría usted un mal obrero?

—¡Quiá, no lo crea! Al contrario. No había otro peón en la obra que justificase el cargo mejor que yo. ¡Las vueltas que daba!

—¿Acabaría usted reventado?

—No, señor. Los peones tienen cuerda para mucho tiempo.

—¿Cómo se las ingeniaba usted para simultanear la albañilería con el arte de Montes?

—Pues me las ingeniaba bastante bien, porque yo, en lo tocante a los toros, he sido siempre muy ingenioso, o muy «ingeniero», como más le guste.

—Tratándose de la «escuela de Montes» que diga usted «ingeniero» no me parece mal.

—La de Montes, precisamente, no, señor, porque ya resulta un poco anticuada pa conseguir los entorchaos en el oficio.

—¿La de «Guerrita», quizá?

—¡Superior escuela la suya! Pero tampoco la escuela superior de Guerra, aunque parezca mentira, resulta hoy muy apropósito pa eso de los entorchaos. Y es que, desde Belmonte y Joselito pa acá, se transformó el toreo de una manera enorme.

—Ciertamente. Hoy para eso es preciso, más

aún que preciso, imprescindible, «parcheporosearse» al costillar.

—¿Parche... qué?

—«Parcheporosearse».

—¿Y eso qué quiere decir?



Victoriano recordándonos a Belmonte en uno de sus escalofriantes molinetes

—Pegarse como un parche poroso.

—¡ Haberlo dicho!

—Continuemos con sus andanzas taurinas. Quedábamos en que usted, mientras hacía casas...

—Hacia también castillos en el aire y seguía firme en mis trece de llegar a la cumbre para ganar muchos billetes de a mil pesetas, o «sábanas», como les llamamos nosotros, de las cuales tenía entonces bien pocas.

—¿De modo que abrigaba usted esa idea con pocas «sábanas»?

—No, señor. La abrigaba con mantas de Palencia. Por eso, sin duda, salió adelante.

—Aún no me ha dicho usted donde tenían lugar sus prácticas de lidiador.

—En las tientas de Tovar y de Veragua.

—¿Resistió usted mucho tiempo en esa situación?

—Muy poco. En seguida me vestí de torero y gracias a Dios, que me ayudó mucho, pues fuí pa arriba, pa arriba y ¡hale!

Días de palmas

—¿Tuvo usted en su carrera muchos Domingos de Ramos?

—¿Eh?

—Días de palmas, quise decir.

—¡Ah, sí! Desde el diez y siete de septiembre del año mil novecientos veintiuno, que alterné por primera vez de matador de toros con uno de la ganadería de Narciso Anaúre, y en compañía de «Joseíto de Málaga» y el infortunado Granero, me han aplaudido, en buena hora lo diga, bastantes veces.

—¿Sus éxitos más grandes, cuáles fueron?

—Que yo recuerde, uno en Sevilla, toreando mano a mano, con el pobre «Maera». ¡Cuántas palmas oí aquel día! ¡Como que salí con cinco orejas!

—Comprendo entonces que las oyera usted.

—Me dieron, además, dos rabos.

—¿Todo esto en cuantos toros?

—En tres na más.

—¿Cuándo fué? ¿Se acuerda de la fecha?

—El año veinticuatro, en la corrida de la Prensa, con ganado de Suárez. También ahora, en Lima, tuve otra buena tarde, matando, yo solito, seis toros.

—¿Actuó usted de único espada?

—Sí, señor. Y me dieron seis orejas y dos rabos. Por cierto que la fecha no se me olvida. Fué el día veinticinco de diciembre del año pasado. Es decir, que mientras aquí los míos estaban metiéndole mano al turrón y al pavo tradicional, yo me encontraba con otro «pavo», que no era un cacho de turrón, precisamente dispuesto también a meterle mano.

—¿Se acordaría usted mucho de la familia?

—Le diré a usted. Yo, cuando estoy vestido de torero no me acuerdo más que de buscar el modo mejor de quitarme de enmedio al enemigo, o sea al toro.

—¿No es usted sentimental?

—Lo soy como el primero; pero no en la plaza.

—¿No retiene usted en la memoria más triunfos suyos?

—Sí, ¿pero pa qué contarlos? Va a parecer

inmodesta y yo, aunque otra cosa se crea la gente, no tengo na de eso.

Días de «murga»

—Pasemos entonces a los días de «murga».

—No entiendo.

—Me refiero a la música de aire, vulgo «pitos».

—¡ Ah, ya ! ¡ Camará con la fraseología que se trae el amigo de la pipa !

—De la pipa y de usted.

—Muchas gracias.

—Basta de cortesías y ¡ al toro !

—Vamos a allá. Preguntaba usted por los fracasos ¿ no es así ?

—Cierto.

—Como cada «quisque», tuve los míos y me acuerdo de algunos, ¿ como no ? Especialmente de tres.

—Veamos cuales fueron.

—Pues uno en Santander, otro en San Sebastián y otro en Valladolid.

—¿ Estuvo usted mal esas tardes ?

—¿ Que si estuve mal ? Pa que me diesen el Viático y me mataran.

—¿ Pero no le mataron ?

—No llegaron a tanto.

—¿ Le herirían, quizá ?

—Tampoco. El público es muy bueno y no hace esas cosas.

—Según. Recuerde el lamentable caso del pobre Nacional II, en Soria.

—Aquello fué una mala pata.

—Un «mala pata», diría yo.

—Muy bien dicho.

—La vida del que expone la suya por divertirnos debe siempre respetarse.

—Y la dignidá también.

—También, sí, señor. La valentía y el honor son perfectamente compatibles y no hay razón que disculpe la cobardía que representa ofender de un modo villano el nombre de la sagra-
da mujer que, seguramente en tales momentos, de hinojos ante el altar de una Virgen, ruega por la suerte del hijo amado.

—¡ Así debían pensar tóos !

—Y hay muchos que así piensan. Lo que ocurre es que en la fiesta de los toros, el sol y el entusiasmo ambiente ponen la sangre de muchos sujetos en disposición de las más inconscientes audacias, y, a veces, el espectador más pusilánime se trueca en agresor provocativo.

—¡ Chipén que sí ! Habla usted mejor que un fonógrafo...

Aquí el «Valencia» cita una marca fonográfica, muy conocida, que nosotros omitimos para no hacer el reclamo.

—¿ Qué ganado fué el culpable de sus desaciertos ?

—Pues verá usted: Miura, el de Santander.

—¿ Y el de San Sebastián !

—Miura.

—¿ Y el de Valladolid ?

—¡ Miura !

—¡ Caracoles !

—¡ Ojalá fuesen caracoles !

—¿ Se los comería usted ?

—¡ Con cáscara y tóo !

—¿ Tanto le gustan ?

—¡ Una barbaridá !

Sonreimos con desconfianza.

—¡ Na de risas que es «la pura» ! Y sino ahí va una prueba. De Miura fué también el bicho que me cogió la temporá pasá en Zaragoza, una corrida, que si llego a ser supersticioso, la torea el Nuncio.

—¿ Por qué ?

—¡ Una tontería ! Figúrese usté que se dió en martes, día trece y con ¡ Miuras !

—¡ Caray !

—¿ Qué le parece ? ¿ Verdá que era pa que la torea se el Nuncio ?

—En esas circunstancias, opino que el ilustre prelado se hubiera negado igualmente a sustituir la mitra por la montera, y con razón.

Artículo de «hule»

—Ya que habló usted de cogidas, ¿ podría decirnos cuantas veces, toreando, acabó en el «hule» ?

—¿ Cogidas ? ¡ Na más que quince tengo en mi cuerpo !

—¿ Nada más, dice ? ¿ Le parecen pocas ?

—Más tienen otros.



El Chato en un alarde pitonado

—¿Y fueron las de más consideración...?

—Pues una en Madrí, el año pasao. Me entró el cuerno por debajo de la ingle y me llegó hasta el pico de la cadera.

—¡Sí que fué una cornada grande!

—¡Veintiocho puntos de sutura me dieron!

—¿Qué toro fué?

—Uno de Villamarta. Por cierto que aquel día toreaba yo con Nacional II y Márquez. Otra de las cornás de importancia, me la dió uno de Sánchez Buenabarba el año anterior, alternando con Chicuelo y Marcial Lalanda.

—¿Estuvo mucho tiempo en cama?

—Mes y medio casi.

—De Buenabarba, ¿eh? ¡Sí que era un toro con toda la ídem!

—Para mí, al menos, no vino «de perilla». Me enganchó por aquí, por el muslo, en la suerte de matar.

—¡Vaya una «suerte»!

—Muy difícil, sí, señor. Pero a mí no me han cogido nunca en ella. Esta ha sido la única vez. Las demás fueron al muletear.

—Después de los fracasos y el percance que le ocurrieron con los toros de Miura, me figuro que le guardará usted cierta prevención a este hierro.

—¡Qué prevención, ni qué Comisaría! Para mí toos los toros son iguales, porque tóos tién un par de pitones; uno a cá lao. Lo esencial es que embistan, sean de la ganadería que sean. Embistiendo, tóo se hace bien. Ahora que si salen malos, ¡qué demontre! lo primero que uno debe hacer es mirar por la pelleja de uno. Y el público lo debe comprender así.

—Eso es lo triste, que no lo comprende y grita.

—Sin razón. Cuando hay toro y no hay torero, bien está que protesten y se metan con uno y hasta con los parientes más lejanos... Con los padres nunca. ¡Bastante desgracia tién los pobres con parecerse a los mozos de estación y verse con la carga de «maletas» tan grandes!

—Oyendo los piropos que parte del público tributa a los papás de los lidiadores, se comprende que nadie quiera tener hijos toreros.

—Eso, como decía usted antes muy bien, está muy mal, porque con un toro que sale mal, tóo está bien. ¿A usted qué le parece?

—Ni bien, ni mal. Lo que sí encuentro admirable, y un poco extraño, es que usted, como antes dije, después de oír sus desagradables mani estaciones, no le guarde rencor al temido gan: lo miureño.

—No sólo no se lo guardo, sino que por el contrario, lo prefiero en algunas ocasiones.

—¿Es posible?

—¡Y tan posible! Ahora mismo ha ocurrido en la feria reciente de Sevilla. Lo primero que pedí cuando me contrataron fué que los Miuras los guardasen pa torearlos yo.

—¡Borito ejemplo de valerosa imparcialidad para tanto Maese Reparos como en la tauromaquia existe!

La actuación de Victoriano en el extranjero

—¿Qué tal le ha ido a usted, Victoriano, en su último viaje a esa ciudad, por donde tanta falta les está haciendo pasar a algunos toreros, a ver si se afinan un poco?

—No caigo.

—Me refiero a Lima.

—¡Ah ,ya! ¡So chuffero! Pues muy bien. Me ha ido muy bien.

—¿Es cierto que allí hay una afición enorme a los toros?

—¡Uff! ¡Enormísima! Bien es verdad que son españoles de corazón. Por eso va a la Plaza todo el mundo, desde el Presidente de la República hasta el más humilde menestral. Y todo el mundo es a darle facilidades al súbdito español, especialmente don Augusto Leguía, hijo del Presidente. Yo no tengo para ellos más que alabanzas.

—¿Es allí reducido el precio de las localidades?

—Tóo lo contrario. El billete más barato, cuesta unas diez y siete pesetas españolas, lo menos, y eso al sol.

—¿Irá entonces poca gente?

—¿Poca? ¡Sí, sí! Casi siempre está llena la Plaza.

—¿Y la alimentación, qué tal?

—En Lima, floja, muy floja. ¡ Así vengo yo de delgao! Pero me encuentro bien.

—¿ Comía usted mucho?

—No. Sólo una vez al día. Igual que aquí.

—¿ Hace usted una comida solamente?

—Sí, señor.

—¿ Cuándo? ¿ Por la mañana o por la noche?

—Al mediodía.

—¿ Para conservar las facultades y no echar grasas?

—¡ Claro! En esta profesión hay que estar ágil y fuerte.

—¿ Trajo usted de Lim muchas orejas?

—Doce y dos rabos.

—A propósito. ¿ Qué opina usted del galardón honorífico del apéndice?

—¡ Recáspita, qué términos! ¿ Me imagino que eso que usted dice se refiere a las orejas?

—Sí, señor.

—Siendo así, le diré que pa mí la oreja es un premio que está bien, muy bien, pero que hay otro que está mejor, mucho mejor.

—¿ Cuál?

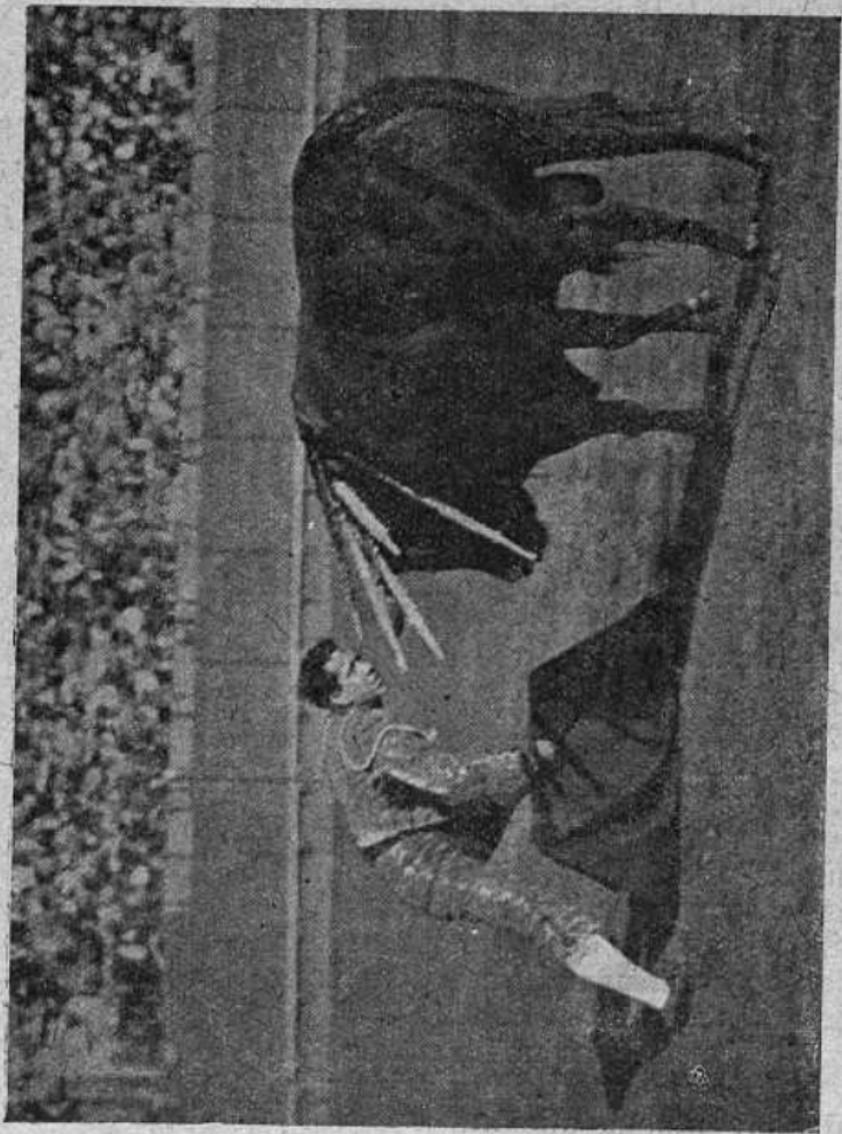
—Que la conciencia de uno esté tranquila y cuando llega la hora de meterse en la cama, le diga a uno: Hoy te has portao bien. Hoy te has arrimao—aunque muchas veces no haya sido el público de la misma opinión y no haya habido oreja ni na, pues no siempre se coincide en este punto.

—¿ Y en Méjico no ha estado?

—El año pasao fui por primera vez. También allí hay mucha afición.

—De la travesía, ¿ qué me dice?

—¡ Hombre! El viaje no está del todo mal.



«Valencia II» arrimándose al toro en un alarde de dominio y valentía para suplicarle amablemente que tenga la bondad de embestir.

Lo que no me gusta es la comida de los barcos ingleses. Como los guisaos que le dan a uno están en inglés y uno no los entiende, pues que no los puede digerir y ¡pa qué le voy a usted a contar! ¡Se pasa un hambre negrísima!

Sus anhelos, opiniones y preferencias

—Entre sus compañeros de profesión, ¿cuál es para usted el que más vale?

—Para mí tóo el que se viste de torero tiene un mérito muy grande. Desde el más desconocido al más famoso. ¡Si la gente supiera los sudores y fatigas que cuesta el ponerse la ta-leguilla!

—Siendo una prenda tan ajustada, no me choca que cueste sudores el ponérsela.

—Déjese usted de chufas que hablo en serio. ¡Cuántas satisfacciones, cuánta perocupación y cuánta necesidad suele ir a la plaza bajo los alamares doraos de una chaquetilla!

—Lo creo.

—Puede usted estar seguro.

—¿Ha pensado usted, Victoriano, en la fecha de su retirada?

—No. Mientras tenga fuerzas para sostener y manejar con decoro la muleta y el capote y las piernas, elemento también muy necesario e importante, se conserven como ahora, no pienso en la decapilación coronillesca.

—¿Y eso qué es?

—La amputación del atributo capilar taurómaco, o sea el corte de la coleta. ¡Para que vea usted que yo también me traigo mis camelancias fraseológicas!

—Ya lo veo, ya. Quiere decirse que por ahora...

—¡Ni pensar en eso! Cada vez estoy más encantao y tengo más afición.

—Para cuando la retirada forzosa llegue...

—Entonces mi idel será otro muy distinto

—¿Cuál?

—Vivir en el campo, tranquilamente, en una casa modestita, pero propia, a fin de que no me eche el casero. Esa será una de mis ilusiones.

—Y ahora, ¿no hay algo que le ilusione?

—Sí, señor. Tener un hijo.

—¿No tiene usted ninguno?

—Por desgracia, no, señor. ¡Y usted no sabe las ganas con que le estoy esperando!

—¿Qué prefiere? ¿Varón o hembra?

—¡Chico, chico! Los hombres, aunque tengan que pagar el impuesto de soltería, lo pasan mejor.

—¿Hace mucho tiempo que se casó usted?

—Dos años hizo en enero. A poco de morir mi padre.

—¿Cuál es, a su juicio, el momento más emocionante de la lidia?

—Todos los momentos son emocionantes, pero a mí el que más me gusta y emociona es el tercio de quites.

—¿Por qué?

—Porque es donde hay estímulo, competencia, y se pueden hacer cosas. ¡Ahí es nada eso

de que salga un toro bravo y noble, y si otro se arrima, uno arrimarse más y disputarse el triunfo palmo a palmo y las ovaciones, palma a palma.

—En efecto, es lo que resulta más animado y más bonito... si no fuera por los pobres caballos. Decían que por influencia y trabajos de la «Sociedad Protectora de Animales» iban a suprimirlos.

—Eso no pué ser. Equivaldría a suprimir la fiesta de los toros. ¡ Cualquiera se atreve a matar un toro sin picar! Yo, al menos, no me atrevería.

—¿Le preocupa la suerte de matar?

—No; pero considero que es la más difícil de cuantas integran el toreo.

—¿En su tercio favorito habrá usted arrancado muchos aplausos?

—Sí, señor. He tenido esa suerte. Para el público que es el que manda, porque es el que paga, y al que, por lo tanto, hay que dar gusto, hice muchos quites buenos.

El torero galante

—Tratemos ahora de las conquistas.

—¡ Ay! No me hable usted de eso porque es asunto peligroso y prohibido.

—¿Prohibidas las faldas?

—Para mí, sí, señor.

—¿Es que no le gustan?

—¡ Claro que sí !

—¿ Y no va usted detrás de ellas, acaso ?

—No voy detrás de ellas acaso, porque voy a casa, y allí me está esperando mi esposa que es, hoy por hoy, la única dueña de mi cariño.



«Valencia II» en un soberano volapié, llegando con la mano al pelo, pero lo que se dice al pelo

—¿ No existe alguna admiradora que aspire a un residuo de éste ?

—No, señor. Yo no recibo correspondencia galante ninguna.

—Es posible, pero lo dudamos.

—Puede usted creerlo. De soltero sí fuí un poquillo alegre y me gustó correrla y divertirme con esas señoritas caprichosas que se consagran al cultivo del amor por horas, por medias horas, y algunas, ¡ casi todas, ay! por cuartos. Ahora estoy muy alejado del ambiente ese y vivo muy tranquilo, porque tengo más salud, más fuerza y más dinero.

—¿Ni fuera de España ha sentido usted nunca la necesidad de faltar a los preceptos de la epístola de San Pablo?

—¿Alude usted a mi estancia en Lima?

—Precisamente.

—¡ Si viera usted que las mujeres de allí no son como las de acá!

—¿Por qué?

—No sé; pero lo cierto es que no incitan a repetir.

—Señal de que las ha probado.

—Si se figura usted que voy hacerle revelaciones comprometedoras que después sirvan para buscarme un lío conyugal, se equivoca usted de medio a medio. Ya le he dicho y le repito que para mí sólo hay una mujer: la mía, con la cual me basta y me... Iba a decir me sobra, pero no lo digo, por dos razones: primera: porque no es vería, y segunda: porque luego podría haber disgustos, y ¿para qué?

—¡ Ejemplar fidelidad para los que se aprovechan de los datos estadísticos, según los cuales, cada hombre toca a doce mujeres y un cacho!

—Yo renuncio al sobrante de mi lote y me quedo gustoso sin las once que restan y sin el cacho.

—De lo cual se deduce que en el terreno de las conquistas amorosas no sumó usted muchas mujeres.

—Sí, señor. Sumé y de las doce me llevé una; y esa es la que tengo.

—A alguna más habrá usted tocado.

—¿Tocar? ¡A ninguna!

—En algunos casos no tendrá usted más remedio.

—¿Qué casos?

—Figúrese que monta en el tranvía, que en éste van muchas señoras de pie y que la plata forma va llena...

—¡Alto ahí! Yo no monto nunca en el tranvía. Voy en auto.

—¿Prefiere usted el taxi?

—No, señor, porque para eso, precisamente, compré el coche que tengo.

—¡Ah! ¿Pero tiene usted automóvil?

—¿No lo conoce usted?

—No.

—Pues va a conocerlo ahora mismo. La tarde convida a pasear. ¿Se vienen ustedes, señores? —pregunta a sus amigos presentes—. Les llevo a la Cuesta.

Aceptado el ofrecimiento, Victoriano, tras entregar al mozo para abono de la consumación, el billete de Banco con que se entretuviera poco antes en hacer una pajarita, salta al volante de un soberbio automóvil que en la puerta del café aguarda, y rápidamente, con pericia de perfecto mecánico, nos aleja de la calle de Alcalá, llamando la atención de los transeuntes, que, admirados, exclaman al vernos pasar:

—¡ Mira, mira quien va ahí !

—¡ Ah, sí ! ¡ El «Chato» !

—¡ Vaya tío conduciendo !

—¡ Y vaya coche !

—No corras tanto—indica, medroso, uno de los miembros de la expedición.

—No tengan ustedes miedo, que conmigo van seguros—tranquiliza el «Valencia».

—Veo que tiene usted fe en sus dotes de buen automovilista.

—Tanta como en el Cristo del Gran Poder—observa otro.

Y con emocionada entonación añade:

—¡ Si lo hubieran ustedes visto esta Semana Santa en Sevilla, ir, descalzo, como penitente, detrás de la imagen, en la procesión !

¡ Fanatismo ! ¡ Valentía !

He aquí, siempre juntas, las dos características de este inigualable pueblo español que parece haber nacido para dar constante cumplimiento al consabido lema de «Morir con honra», ¡ pero siempre morir !

Impresión final

Más de una vez, en la Plaza madrileña, habíamos presenciado la visible hostilidad de una gran parte del público hacia Victoriano Roger, «Valencia II», cuyas valiosas y valerosas faldas eran, por lo general, acogidas con indiferencia, cuando no con denuestos y chanzas. Al tratar de inquirir el origen de tan injusto comportamiento, nos aseguraron que estaba muy

puesto en razón porque según la opinión de algunos que pasaban por «enterados»:

—Se lo merece—decían—. Es un vanidoso.

—Y un presumido.

—No se trae más que desplantes.

Confieso a ustedes que influenciado por este prejuicio le hablé con cierto reparo.

Bien pronto me convencí de que tales afirmaciones, sólo tenían por base la caprichosa murmuración de quienes gozan labrando falsas reputaciones.

El «Chato», como vulgar y cariñosamente le llaman sus muchos admiradores, es humilde, es generoso, es afable, es modesto, muy modesto.

Y por si alguna duda se oponía a la afirmación en nosotros de esta creencia, vino a corroborarlo, su negativa a nuestra última petición referente a la publicación de un retrato suyo en traje de luces. No pudimos conseguirlo porque el presumido, el vanidoso, el de los desplantes, no ha querido, ni quiere retratarse nunca vestido de torero.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRÉRE



NOVELA DE AMOR

Publicación frívola

N.º 1 **El último Capricho,**

por Tomás Prieto

» 2 **El milagro de la Zíngara**

por Pedro Nimio

« 3 **Una novela blanca (Cuento Inmoral)**

por L. Capdevila

» 4 **El refugio de la esquina**

por L. Marsá

Las firmas más renombradas y conocidas avaloran esta publicación.

Ilustraciones de
B O S C H



Precio del tomo
25 céntimos

CELEBRIDADES DE VARIETES

1	Ramper	<i>Ramper</i>	30«
2	Mercedes Serós	<i>Serós. —</i>	30«
3	Elvira de Amaya	<i>Amaya</i>	30«
4	Lepo	<i>Lepo</i>	30«
5	Argentinita.	<i>Argentinita.</i>	30«
6	Chelito	<i>Chelito</i>	30«
7	Luis Esteso	<i>Luis Esteso</i>	30«
8	Pilar Alonso	<i>Pilar Alonso</i>	30«
9	La Goya.	<i>La Goya.</i>	30«
10	Casimiro Ortas	<i>Casimiro Ortas</i>	30«
11	Spaventa	<i>Spaventa</i>	30«
12	Pastora Imperio	<i>Pastora Imperio</i>	30«
13	Amalia de Isaura	<i>Amalia de Isaura</i>	30«
14	Lolita Méndez	<i>Lolita Méndez.</i>	30«
15	Rico y Alex.	<i>Rico y Alex.</i>	30*
16	Adelita Lulú	<i>Adelita Lulú</i>	30«
17	Imperio Argentina	<i>Imperio Argentina.</i>	30«
18	Luisita Esteso	<i>Luisita Esteso</i>	30«
19	Balder	<i>Balder</i>	30«
20	Olimpia d'Avigny	<i>Olimpia d'Avigny</i>	30«
21	Mary Isaura	<i>Mary Isaura</i>	30«
22	Moreno ?	<i>Moreno ?</i>	30*
23	Dora la Cordobesita	<i>Dora la Cordobesita</i>	30«
24	Lucinda de la Torre	<i>Lucinda de la Torre</i>	30«
25	Toresky	<i>Toresky.</i>	30*

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

1	Manuel Báez «Litri».	<i>Litri</i>	35c
2	Juan Anlló (Nacional II)	<i>Nacional II</i>	30«
3	Juan Belmonte García	<i>Juan Belmonte</i>	30«
4	Pablo Lalanda	<i>Pablo Lalanda</i>	30«
5	Braulio Lausín «Gitánillo»	<i>Braulio Lausín</i>	30«
6	Nicanor Villalta	<i>Nicanor Villalta</i>	30«

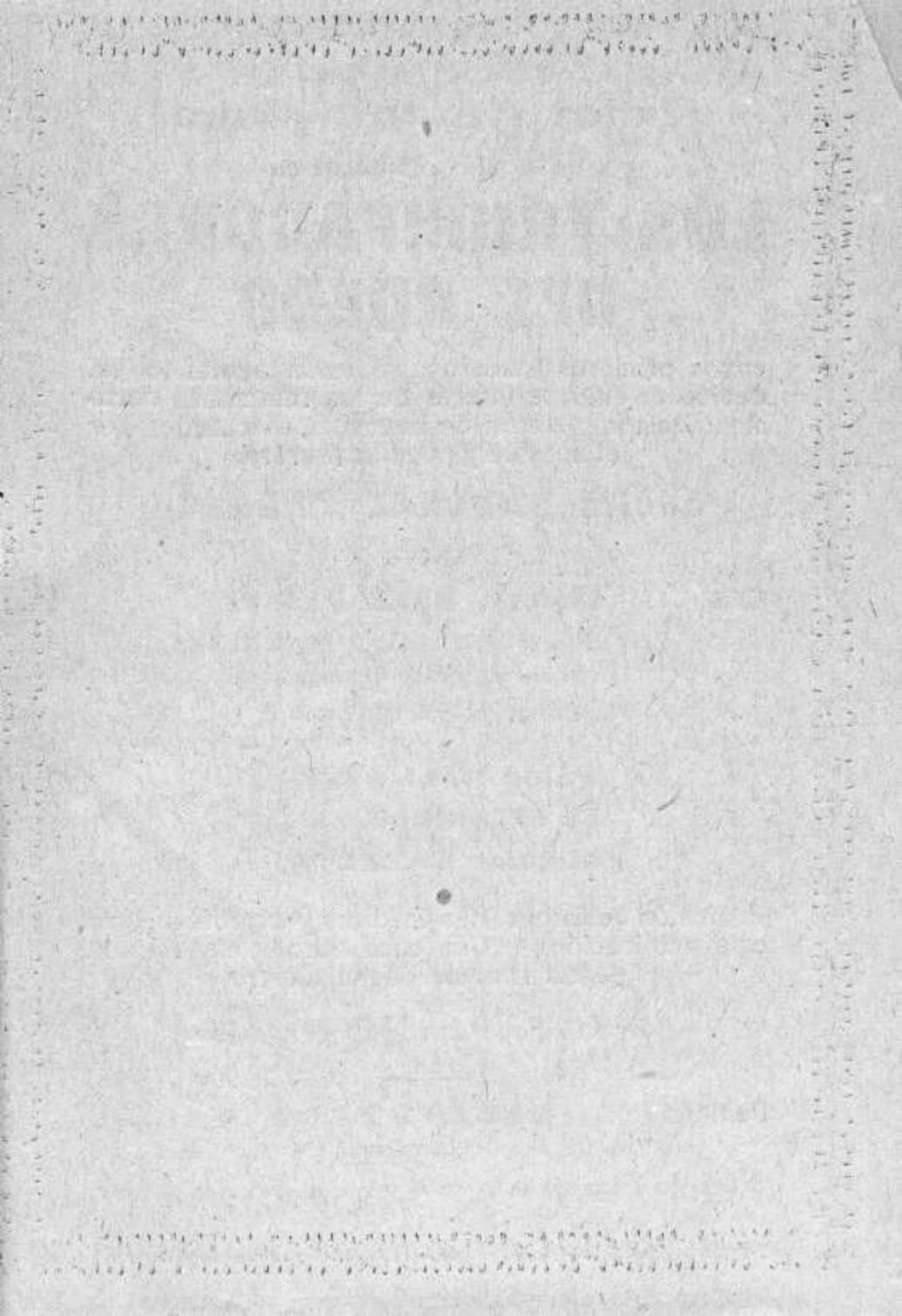
CELEBRIDADES DEL TEATRO

1	Miguel Fleta	<i>Miguel Fleta</i>	30c
2	Enrique Borrás	<i>Enrique Borrás</i>	30*
3	Margarita Xirgu.	<i>Margarita Xirgu</i>	30*
4	Cora Raga	<i>Cora Raga.</i>	30«
5	Emilio Sagí-Barba	<i>Emilia Sagí-Barba</i>	30«



Victoriano Roger (VALENCIA II)





¡Exito! ¡Exito! ¡Exito!

de la nueva publicación

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

cuyos primeros números, se están agotando ya, debido al enorme interés de las relaciones documentadas, por medio de intervius, efectuados por el notable y popular literato,

Adolfo SÁNCHEZ CARRÉRE

- Núm. 1. **Manuel BÁEZ "LITRI"**
» 2. **Juan ANLLO "NACIONAL II"**
«El matador valiente matado cobardemente»
» 3. **Juan BELMONTE**
«El coloso de la emoción»
» 4. **Pablo LALANDA**
» 5. **EL GITANILLO**
» 6. **Nicanor VILLALTA**

Profusión de fotografías inéditas y exprofeso para esta publicación — Con cada libro se regala una postal firmada por el diestro

Precio popular: **30** céntimos

Pedidos a: **BIBLIOTECA FILMS**
Calabria. 93, despachos núms. 1 y 4 - Barcelona
Solicitamos corresponsales